

166  
LA NOVELA  
CORTA

LUNA DE MIEL  
por  
Carmen de Burgos  
(Colombina.)

10 cts.



Como complemento de la colección de versos célebres de poetas españoles publicada en el número 263 de esta Revista, el día **5 de Febrero** publicaremos un número especial consagrado a los grandes poetas contemporáneos

**DUQUE DE RIVAS - ESPRONCEDA  
NUÑEZ DE ARCE - HARTZENBUSCH**

**ZORRILLA  
BECQUER  
CAMPOAMOR**

El espíritu cultural que anima a los lectores de nuestra popularísima Revista, contribuirá seguramente a este apostolado nuestro, sin par, de noble divulgación literaria

**APARECERA EL DIA 5 DE FEBRERO**

1-3-603/66 12.42.749

# LUNA DE MIEL

NOVELA INÉDITA

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)



Ricardo y Ketty se veían por vez primera solos, uno al lado de otro, en aquel coche tirado por cuatro caballos, que atravesaba los campos de Aragón.

Les había parecido ver una risita en labios del cochero, ya ducho en conducir aquella clase de viajeros, recién casados que van al Monasterio de Piedra a pasar su luna de miel, y esto había aumentado su turbación.

Se habían casado después de un año de relaciones, celosamente vigiladas por la madre de ella. Al salir de la Iglesia habían ido a cambiar de traje a aquella casita, tiernamente arreglada por los dos para cobijar sus amores, pero no habían podido quedarse en ella porque era preciso obedecer la moda, que ordenaba un viaje de novios. Ketty se había despedido de los suyos, aturdida, en el andén de la estación del Mediodía, tratando de disimular sus sentimientos para no llamar la atención de los indiferentes. Tal vez Ricardo estaba tan aturdido como ella cuando se despidió de su madre, de sus hermanas, que querían disimular, pero que lloraban como si lo hubiesen perdido. Tanto o más que la madre de ella. Como si algo les dijera que es el hijo el que se pierde más para los padres, con esa fuerza de atracción con que la mujer le inclina hacia los suyos.

Más que una boda parecía la despedida de un duelo. Y luego ¡tanta gente!, ¡tantos amigos!, ¡tantos abrazos, recomendaciones y malicias! ¡Con lo cansados que estaban, de todos los quehaceres de los últimos días, tantas cosas que preparar y el madrugar para ir a confesarse!

Se sentía confusa, avergonzada, «su novio» se había convertido en «su marido». Ella no era libre ya; era una cosa que le pertenecía, que no tenía derecho a negarse a nada de lo que él pretendiera, a rechazar ninguna intimidad. Estaba embobada, alelada, le daba miedo de parecerle tonta. Por suerte no iban solos en el vagón y el trayecto de Madrid a Alhama de Aragón duraba pocas horas. Allí dejaron el tren y tomaron el coche para ir al Monasterio de Piedra; los dos graves, circunspectos, como si hubiesen sido aun novios y, el cochero, que les volvía la espalda en el pescante, representase a la madre de Ketty.

La llegada al Monasterio los impresionó, sacándolos de aquella preocupación vaga que los poseía. No acusaba nada allí al llegar la maravilla de vegetación de que les habían hablado. Se alzaba frente a ellos un edificio grande, chate, blanqueado, unas torres de iglesia y una muralla terminada con un toreón donde se veía el escudo de las barras aragonesas.

El coche penetró por un callejón, a cuyos lados había corrales y chamizos, y se detuvo en una plaza, frente a una gran puerta. Mientras Ricardo pagaba y daba orden de conducir el equipaje a la fonda, Ketty miraba la gran plaza, en cuyo centro no había ningún espacio libre, porque los seculares olmos crecían en medio de ella de un modo irregular, elevando los recios troncos y las frondosas copas por cima del conjunto de los edificios.

Era un cuadrilátero donde se agrupaba todo el pueblo, en habitaciones que eran como dependencias del Monasterio, que aun continuaba ejerciendo la soberanía en torno suyo.

A la izquierda de la puerta de entrada dos pequeñas casitas daban al viajero una sensación de seguridad y de no haber cortado sus relaciones con el mundo: el correo y el cuartel de la guardia civil; aunque en el primero no hubiese más

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son pagadas como INÉDITAS y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

que un empleado y en el segundo dos parejas, ya daban idea de que no se quedaban fuera del concierto de la civilización.

En el otro lado del cuadrilátero, que hacía ángulo con aquel, se veía una gran puerta que daba al campo y al recinto amurallado. Por bajo de ella salía una gran acequia de agua clara que cruzaba la plaza, cerca de la entrada, y desaparecía por un oculto cauce. Al lado del portadón, las ruinas de la Iglesia tomaban un aspecto imponente.

En el lado derecho, donde los frailes tenían la portería, se veía una casa con galería de arcos románicos, y a su lado otra casa vivienda de los dueños, que la sencilla gente debía mirar como un pequeño palacio. En frente, una tapia blanca, con dos grandes puertas modernas, daba entrada al célebre convento del que nada anunciaba la grandeza. Se veía al fondo, un camino de verdura o especie de calle de jardín, en el que se vislumbraban altos árboles.

Pero en cuanto cruzaron la puerta se sintieron impresionados por la grandeza austera de aquella larga galería, abovedada, cuyo final no se distinguía desde allí. Cruzaron otras enormes puertas y otras galerías inmensas, larguísimas, que se cortaban; y llegaron a la gran escalera monumental, que descansaba sobre arcos de medio punto y arcos rebajados, en la parte de la meseta, la cual formaba como un gran puente sobre el ancho patio. Se elevaba la bóveda, inmensa, adornada de recias nervaduras de bóveda de crucería, con un contraste de estilos que daban fecha posterior a la escalera, que al entrecruzamiento de magníficas galerías románicas, donde estaban las antiguas celdas, convertidas en cuartos de hotel.

A pesar del cansancio, recorrieron las galerías, alumbradas por ventanas redondas, abiertas en el espeso muro, que dejaba entrar la luz a través de delgadas y preciosas láminas de alabastro, colocadas a manera de vidrios. La disposición de las celdas, abiertas sobre la galería, unas al lado de otras, recordaba las galerías de las prisiones celulares.

Prolongaban sus paseos por allí como si tuviesen cierto miedo de verse solos. Ricardo hacía alarde de sus conocimientos, explicándole a Ketty detalles de aquella fábrica, construida en el siglo XII, como rezaba el escudo de una de las puertas y continuada en épocas posteriores. Volvieron a bajar la escalera para ver todo un cuerpo del edificio, que se unía con la iglesia, cuyas bóvedas eran ya de estilo ojival, y sin que ella se diera cuenta de porqué le agradaba menos con sus nervios de ocre que las solemnes, sobrias y austeras, galerías románicas.

Había allí un ángulo tapiado, que había comunicado con la iglesia, en ruinas, donde aun se veían estatuas mutiladas, santos de piedra sin cabeza unos, como aquel cuerpo de fraile Bernardo que se veía en el altar más grande, de lo que había sido capilla, y que debía ser imagen del santo patrón de la antigua comunidad. A otros les faltaban las caras, o los brazos, o pedazos de cuerpo, pero en los pedestales se leían aun sus nombres: «Santa Gertrudis», «Santa Ecolástica». ¿Quién serían aquellas cuyos nombres se habían perdido ya? Daba ganas de rezarle a las desconocidas, de las cuales se veían los restos entre las paredes desconchadas, donde lucían vestigios de pinturas de la ornamentación, de alicatados que formaban una complicada flora de ramajes, tallos y flores.

Al lado la vieja y magnífica sacristía gótica, sostenida en la columna central, servía de sala de billar. Había en medio de ella una vieja mesa empolvada, con el tapete verde manchado y roto.

Arriba, en una gran habitación, quizás escuela de novicios, unas cuantas sillas viejas y un piano desafinado, formaban el salón.

El grifo de una campana, agrío, discorde, chillón, con aquel eco ronco y potente que repercutía de un modo extraño de unas a otras galerías, los llamaba a comer con un loco repique. Comieron la primera comida que tomaban solos en aquel largo y estrecho comedor de frailes que tenía algo de capilla, con vitrales góticos al fondo. Aunque el viaje le había despertado el apetito, Ketty sentía vergüenza de comer. El se daba cuenta en aquel momento del papel de protector de la vida de aquella mujer que había tomado sobre sí y la cuidaba con ternura. Sentía ella la dulzura de dejarse proteger, pero no se atrevía a hacerle ninguna fineza por miedo de parecerle deshonesto. Era la vez primera que comía sola con

un hombre, aunque ese hombre fuese su marido. Eso de ser marido era algo convencional que permitía y legalizaba todo aquello, pero el sentimiento libre de la naturaleza dominaba a los convencionalismos. Era la hembra virgen asustada de la proximidad del macho.

Terminada la comida, una criadita, vestida de negro, con cofia y delantal blanco, los condujo a su celda. Iba muy seria, sin mirarlos, como temerosa de las indiscreciones que habría de presenciar todos los días en recién casados menos continentales, en aquel lugar al que tantas lunas de miel iban despojando de su encanto, para hacerlo algo amanerado y dulzón, cuando era todo lo contrario.

Cada celda de aquellas era un departamento; siempre al lado de una celda grande había una chica, era que sin duda cerca de cada padre dormía un lego o un novicio. La sabiduría de los frailes había hecho que las galerías quedasen siempre al lado norte y las celdas de un lado se abrían sobre grandes patios como las del Escorial o el Vaticano, pero convertidos en jardines, descuidados, asimétricos, con grandes olmos, que sobresalían de las tapias y se recortaban en el azul, y les daba cierto encanto de naturaleza espontánea. Las del lado sur tenían una galería sobre el Vergel, que se veía allá abajo. Estaban sobre las copas de los árboles y el ambiente inmóvil dejaba oír un rumor de agua corriente, con esa cosa de quebradizo que suena en el agua y de misterio que hay en su ruido, algo de lágrima o de carcajada. Un eco de xilofon cristalino y lejano. Oía la noche, el perfume del campo en la noche era distinto del perfume del día. Y oía a noche de luna; por cima de sus cabezas lucía una luna dorada de un dorado fuerte, con algo de manchas rojizas que formaban la grotesca cara complaciente con que el astro parece reírse de la humanidad. Se adivinaba la vida de los reptiles, de los insectos, entre el bosque. Y aquella dulce placidez apagaba la pasión de los recién casados en vez de avivarla. Sentían sólo una dulce ternura asexual, al deseo de poseerse sustituía el deseo de darse a toda la naturaleza y confundirse con ella en luz de luna y en perfume de noche.

El la enrelazó por el talle dulcemente y ella se estremeció, dejando caer su cabeza contra el pecho de su marido, sin atreverse a esquivar el beso que buscaba sus labios y que la asustaba.

¡Y había deseado tantas veces aquel beso! ¡Se hubiera entregado tantas veces a él sin miedo, sin pudor, temblando de deseo, en aquellas noches, que conversaban el uno al lado del otro, sin poder burlar la vigilancia materna! En alguno de aquellos momentos ella le hubiera gritado de buena gana: «¡Tómame!»

Pero ahora, así, entregada a él, como vendida, como teniendo que ser suya para cumplir una obligación anteriormente aceptada, sin que la pasión hablase lo bastante alto para callar los pudores de la virgen, temblaba como la hembra dominada por un macho fuerte que le imponía su masculinidad.

Ricardo mismo no hallaba el placer que se había prometido en la posesión de aquella mujer que lo seducía con sus grandes ojos garzos, su boca fresca, su cabello abundante, y la exhuberancia juvenil de su cuerpo alto y escultural.

No le parecía su conquista, no le parecía que se la daba el amor, que la había llevado al matrimonio; no se le entregaba con una nobleza absoluta, con un completo olvido de todo. Se le ofrecía después de garantida y asegurada, sino por ella misma, por la entrega fría y calculadora que de ella hacían los padres. Llegaban el uno al otro cansados, a cobrar un placer que habían contratado a plazo fijo, a desvelar una imagen de pureza que había ido descubriendo poco a poco.

No había ya en la sorpresa de ella una inocencia que había ido perdiendo, desde que la madre, las hermanas, y hasta las monjitas de Santa Isabel habían empezado a prepararle el «Trousseau» con aque lujo de camisas adornadas, de pantalones de encaje, de prendas interiores que le anunciaban que había de agudizar su coquetería en otro sentido incitante, que había de adornar su desnudez para avivar la pasión de un hombre. Había sufrido rudos golpes en su pudor con los preparativos de la boda, con aquella exhibición de la canastilla a los amigos, que habían visto sus medias, sus camisas; como si la viesan a ella desnuda, por ese esfuerzo de la imaginación que trata siempre de hallar, dentro de cada camisa vacía, la imagen del cuerpo que debe aprisionar.

Aquella entrega a plazo fijo les robaba lo más hermoso del aroma de la flor

de azahar, pobre flor de azahar que le habían colocado impudicamente en el corsé y en el broche de las ligas, sabiendo al ponérselas que se engalanaba para el sacrificio de su virginidad.

Ricardo tuvo por un momento intención de dejarla al sentir sobre sus mejillas ardorosas, de vergüenza más que de pasión, la humedad de una lágrima. Recordó relatos de amigos suyos que hicieron el sacrificio de no tomar a sus mujeres, después de casados, hasta que ellas se les ofrecieran en un momento de pasión, pero en seguida rechazó la idea como una comedia inútil, que tal vez hubiera defraudado en Ketty una esperanza.

Sintió una especie de rabia que hizo despertar ferozmente al macho; mordió más que besó los labios rojos, húmedos y temblantes y sumergiendo la mirada dura con una expresión bestial, que ella no había visto jamás, en los pobres ojos asustados, la arrastró gimiendo hacia el centro de aquella celda en la que quizás, siglos pasados, había sollozado también un fraile de amor, de deseos o de lujuria, aterrado por la imagen del pecado que ahora se enseñoreaba triunfante en el profanado recinto.

Por la ventana abierta entraba la santa calma de una naturaleza, cuyas uniones no llevaban aparejada amargura de ideas de pudor o vencimiento, que los hombres habían levantado frente a ella.

## II

Era por abulia por lo que prolongaban allí tanto su estancia. No podrían decir si eran felices. Había momentos en que su amor se sobreponía a todo y se consideraban los seres más dichosos de la creación. Unos inmortales dueños de aquel paraíso, donde un capricho de la moda les había hecho ir a pasar la luna de miel; pero la mayoría del tiempo lo pasaban irritados o aburridos. El se daba cuenta en su mayor experiencia de que aquellas lunas de miel, además de ser el peor período de la pasión, era un mal pórtico para entrar en la sana vida matrimonial, para la constitución de un hogar tranquilo y de una familia virtuosa.

Demasiado entregados el uno al otro, la pasión iba degenerando en vicio, en una ansiosa búsqueda de placeres, cada vez más agudos y martirizantes. El exigía sin poderse contener, espoleado por la misma fuerza que despertaba un abuso de pasión, para irritarlo cada vez más. Ella se le entregaba sumisa, resignada, dolorida, con la sublime abnegación femenina que no busca su goce y se considera dichosa con el sufrimiento que es origen del placer del que ama. Pero en el fondo con un poco de rencor de verse brutalizada, con un secreto asco, algo de desprecio, por el recuerdo del hombre desfigurado y salvaje que se le ofrecía cuando el instinto dominaba a la razón.

Aquel abuso de su amor, en la soledad producía una irritación en ambos, que se traducía en una rabia celosa, en una contrariedad enconada, que procuraban ocultar. Eran como dos enemigos que se amasen y que se tuvieran rabia al mismo tiempo, reconociendo el uno en el otro su verdugo, el encargado de martirizarlo con sus ternuras.

Bastaba una palabra, un gesto, la cosa más pequeña para producir una disputa, un disgusto, un rompimiento, en el que, olvidado toda la cortesía con que se habían tratado siempre, se echaban en cara las cosas más absurdas y solían llegar a la grosería. A veces ellos buscaban el tema de disgusto.

—Tal vez echas de menos otras diversiones—decía ella—; no me quieres ya.

Era un sentimiento propio de toda mujer, a la que se le ha hecho creer que todo su tesoro está en el secreto de su virginidad. Se le ha dado la sensación de que domina con el arma de un deseo mientras no lo satisficiese. Esa era su fuerza para casarse, su fuerza para dominar.

Así, después de su entrega se consideraba vencida. Se sentía inferiorizada ante todas las mujeres desconocidas que pasaban por su lado. Creía que todas podrían tener ya más ascendiente sobre Ricardo que ella. ¿Qué le podría ofrecer ya? ¿Qué fuerza le quedaba para hacerle volver a su lado, para imponerse a él? Tan inferiorizada se sentía que se volvía sumisa, tratando de superarse en la intimidad. Llegando inconscientemente a la depravación sexual para hacer de ella su fuerza, cayendo en el error de fundar su dominio en el aliciente de la lujuria en vez

de basarlo en la comunidad de espíritus. Así, por virtud de aquella luna de miel de moda, se viciaba una familia desde el momento de su constitución, y se daba a dos seres jóvenes, nobles y buenos sólo el goce como ideal y base de un hogar.

Ella se entregaba locamente, con afán de superarse en todos los momentos. El se esforzaba por no aparecer inferior. Ni uno ni otro pensaban en el hastío y en el vacío que la normalidad iba a dejar luego en su vida. La necesidad de la eterna enamorada y del eterno trovador, que iban a sentir ambos y que podía convertirse en fuente de infidelidad y devaneos.

En su irritabilidad sentían celos del presente, del pasado, del porvenir, y buscaban ellos mismos los motivos de disgusto.

Bien es verdad que en su mal llevaban aun el remedio. La misma sensualidad los empujaba el uno hacia el otro, para hacer las paces con transcripciones de pasión y de locura: aunque cada nueva reconciliación dejaba en el alma un sedimento de rencor, que iba petrificando algo en sus corazones, como los sedimentos calizos de las aguas del río Piedra petrificaban las plantas y formaban en torno de ellas estalactitas indestructibles.

Cruzarse en el camino con algunos viajeros era un disgusto seguro.

—Te has quedado mirando a ese caballero... no es que a mí me importe... pero me pones en ridículo. Parece que te quieres comer con los ojos a todos los hombres.

Y después del disgusto y de la reconciliación, Ketty no sabía donde fijar sus hermosos ojos, en los que debía brillar la llama sensual que la quemaba, para no detenerlos sobre ningún otro hombre.

En la mesa de la fonda tenía que hacer el ridículo, sentándose de espaldas a toda la gente. Su mirada no tenía más trayectoria que desde su plato al rostro de su marido. Una fugaz mirada de reojo a un camarero, a un camarero, hacia estallar la cólera de Ricardo.

Ketty tomaba aquello como desamor. Lloraba desconsolada.

—Tú no me quieres, tú recuerdas a otra mujer... Te gustan todas más que yo. En la mesa has mirado a la del jersey rosa, sin hacerme caso en toda la comida.

Y como en esos casos él se disculpaba, ella se sentía fuerte y extremaba sus celos, sus violencias, de manera que no podía mirar, no sólo a una turista, sino a una aldeana o a la misma camarera de la fonda. Mientras había otra mujer cerca, ella lo dominada con la mirada fija en sus ojos, agobiadora.

Pesaban ya el uno sobre el otro como un enorme fardo que los abrumaba con la idea de no poder dejarlo y descansar. ¡Qué pesada la peregrinación por la vida con una carga así! Parecía que estaban cosidos como unos hermanos siameses; no podía moverse el uno sin ir el otro detrás.

—No habré sido yo tu primer amor—decía Ricardo—como tantas veces me has asegurado. Pero si yo me entero de algo, ten por seguro que desaparezco y no me vuelves a ver.

Entonces ella sentía un miedo loco recordando las boberías de las relaciones inocentes con un vecino o las cartas románticas que le escribió a un primito, jurando que lo adoraba.

Otras veces era ella.

—Seguramente le has dado lo mejor de tu vida a alguna perdida y ahora... como me entere te aborreceré

Y él sentía pavor de perder el cariño de su mujer recordando cuantas aventuras y devaneos de calavera soltero podían llegar a oídos de Ketty.

Peleaban por cualquier cosa: la elección del traje, el lugar por donde habían de ir de paseo.

Sus proyectos acababan mal siempre. No tenían los mismos gustos. Uno u otro iban a tener en la vida un continuo sacrificio. No se hacían cargo de las mutuas concesiones a que les obligaba aquel período de adaptación para descansar después en una admirable y dichosa compenetración. Hasta las cartas a la familia, hipócritamente contestadas siempre, hablando de su felicidad y del cariño que a sus papás políticos profesaban, eran semillero de reyertas. Ella sentía celos de las hermanas y de la madre de él, y a Ricardo le molestaba el que Ketty recordase tanto a sus padres.

Y no se hacían cargo de que todo aquello, aquel malestar, aquella sensualidad de bordada, aquella irritación que les producía, era en su mayor parte culpa del ambiente, del paisaje demasiado bravo, demasiado fuerte, de la soledad demasiado grande, de la imprudencia de provocar esas crisis pasionales, esas lomas de miel agudas y dolorosas, en las que se agota en pocos días todo el licor de la copa que debe embellecer largos años de existencia. Seguían allí enervados, presos, mecidos en las alternativas de su goce y de su padecer.

Se sentían bien en la soledad. La fonda era cómoda en cuanto cabe a una fonda española; las celdas amplias, ventiladas; con lujo de luz, de aire y de sol, no carecían de confort. Lo único que se notaba era la falta de baño, porque a pesar de la abundancia de agua en la comarca se perpetuaba la tradición de la porquería frailuna, no teniendo agua en el edificio ni para las necesidades apremiantes.

Conocían el Vergel, las Pesqueras y los alrededores palmo a palmo. Era una maravilla aquella naturaleza, en aquel lugar, de escasa extensión, pero de una vegetación incomparable, que lo hacían, no sólo de los rincones más bellos de España, sino del mundo.

—¡Ah! Si esto perteneciera a una compañía extranjera qué partido se podría sacar! —decía él.

Desde su terraza solía describir a su mujer cómo toda aquella huerta que rodeaba al edificio, podía ser un jardín mágico, prolongándose hasta el Vergel, iluminado de noche con luz eléctrica. Un tranvía de allí a Alhama, unos ascensores para evitar el cansancio de subir del barranco y unos coches para pasear por los alrededores, un casino donde pasar el rato de noche y no habría sitio más admirable en el mundo.

—Si fuesen extranjeros—decía—tendrían aquí hasta la celda de Fray Ponce, para enseñarla como curiosidad a los turistas.

### III

Era verdad que aquel lugar tan bello no ofrecía comodidades al viajero. Estaba el Monasterio rodeado de extensa huerta, la huerta que cultivaron en otro tiempo los frailes, dividida en hortales plantados de patatas, judías, tomates, y otras plantas a las que se mezclaban los frutales. Se entrelazaban allí las moreras, los perales y los manzanos cargados de fruta, con las higueras frondosas, oliendo a la poderosa savia que las vigoriza; altos nogales con las bolas verdes de sus frutos, almendros cuajados de ayozas, avellanos, ostentando la especie de capullos en que guardan apareadas las avellanas. Era una flora distinta de los campos de Andalucía que ambos estaban acostumbrados a ver; al lado de estos árboles se veían los hortales de maíz que alternaban con los de cáñamo, formando con sus espigas, verdes como olas rizadas.

Desde esta huerta cultivada se bajaba al Vergel. No era más que el fondo del barranco a donde caía despeñado desde la altura el río Piedra descomponiéndose en caprichosas cascadas.

Formaba el barranco una garganta estrecha de cuyas paredes caía el agua con aquella abundancia, un derroche de huila blanca, tan preciosa como chorros de plata líquida si se supiera aprovechar.

Pero aquello todo era natural, inculto. Los árboles crecían donde les daba la gana, se inclinaban a un lado o a otro con los enormes troncos ancestrales revestidos de alegre y fresca yedra, que subía hasta la copa.

Se bifurcaban senderos marcados por el paso de la gente, había acá y allí caprichosas plazoletas, cuyos árboles se habían inclinado, como atraídos unos por otros, para formarles una bóveda verde. Por todas partes crecían hierbas frescas, plantas de salón y plantas aromáticas, entre la humedad del agua y de la umbría.

Había por todas partes un embrozamiento de ramas, crecían las zarzamoras con su aspecto de enredaderas y rosales al borde de todas las cortaduras, había calles de altos plátanos de paseo que con los troncos altos, altos, muy altos, y muy lisos, se balanceaban como si fuesen a caer. Formaban nogales, olmos y robles, tal entrecruzado de ramas que no dejaban apenas pasar el sol, dando la

ilusión de un bosque salvaje. Los manzanos, los ciruelos y los perales, que crecían entre los árboles gigantesos parecían pequeños arbustos. En los ribazos crecían violetas, fresas, plantas aromáticas como el oregano o la alcarabea que mezclaban sus sanos olores a los perfumes del romero, del tomillo y del cantueso las plantas silvestres que venían del lado de la parte montañosa.

Y entre todo aquello, como brazos ansiosos que separaran el ramaje de la selva en su caída, se precipitaban los brazos del río, despeñado, en chorros de agua batida, tan batida contra las piedras que se tornaba blanquecina, lechosa, color de ópalo, cascadas de ópalos que rodaban con su ruido de xilofón golpeado por las quebraduras y las piedras, y vistiendo las rocas de ovas, musgos, ajonjates, en una prodigalidad asombrosa.

Cada cascada de aquellas tenía su nombre pintoresco. «La Trinidad», llamaban a la de tres enormes brazos; «La Carmela» a la que tenía belleza de virgen blanca; «La Sombria» encontrábase en la parte más solitaria del Vergel; «La Caprichosa» con sus mil chorros que formaba a su caída un pequeño remanso denominado «Baño de Diana», cuyo nombre justificaba el sabor fuertemente pagano de aquel bosque donde se debían haber refugiado las últimas ninfas y los últimos panidas de España, en la que también habra habido panidas y ninfas.

Quizás la más bella era la cascada «Iris», continuación de aquella más alta de «los fresnos» que formaba en sus múltiples brazos arco brillantes donde se descomponía la luz en todos los colores del prisma, brillantes y magníficos.

Y aquellas aguas no eran destructoras, eran creadoras: dejaban sedimentos a su caída, que rodeaban las plantas, las petrificaban, quedaban suspendidas revestidas de su corteza de tierra como estalactitas, y así, en todas aquellas cascadas, y en los sitios por donde habían corrido otras se veían grutas, preciosas con esas cúpulas de salón árabe, que se encuentran imitadas en el palacio de la Alhambra, palacios de divinidades del bosque. Y todas las cascadas corrían en acequias y en arroyos cruzados por puentecillos rústicos de madera, y se juntaban para formar de nuevo el río, despeñándose en el maravilloso salto de 40 metros que llamaban «La Cola del Caballo». Poderosa cola de Pegaso, formada de luz de estrella que se hubiese liquidado.

¡Cómo se abrían sus poros martirizados por la luna de miel al frescor de las aguas! Se hubieran sumergido sedientos en aquel baño de diosa, del «Baño de Diana» tal vez se hubiesen dejado arrastrar por la corriente hasta aquel salto mortal de «La Cola del Caballo».

Habían bajado hasta el abismo por la estrecha y empinada escalerilla y habían penetrado en su fondo bajo el velo del agua.

Desde allí, en la gruta formada por aquella caída, escuchaban el ruido encordecidor de la montaña de agua, brillante a la luz como los colgantes de una gigantesca araña de cristal, que reflejara en su talla prismática las luces descompuestas en gemas preciosas de rubí o de esmeralda, de amatista o de topacio.

Habían visitado todos los puntos de vista, todos los balconillos que descubrían bosques y cascadas. Habían ido en burra, hasta el nacimiento del río—en el Monasterio no había más que burras, todos los burros los llevaban al inmediato pueblo de «Idem», como medida de prudencia para asegurar, con el acuerdo de la separación de sexos, la paz de los arrieros de ambos lugarillos—admirando las bellezas del célebre «Vado», de los «Salgalidos» de la gran «Requijada», que reproducían las bellezas del Vergel, como esos croquis o proyectos de un gran edificio tiene todas las líneas de la obra. Parecía el modelo, por el cual había creado la naturaleza aquel paraíso del Río Piedra, rival del paraíso del Tigris y el Eufrates.

Algunas tardes bajaban a la Piscifactoria del Estado, a la que llamaban vulgarmente «Las Pesqueras» y que ocupaba la parte más pintoresca del «Valle de la Hoz», como por su figura se llamaba aquel vallecillo oculto detrás del barranco. Pasaban un pequeño túnel hecho en la roca, donde había vestigios de aquellas estalactitas que construía el agua del «Piedra», siguiendo descendiendo por un camino, a cuyos lados brotaban fuentes de agua clara, como «El Chorro del Señor» y caían cascadas abundantes y rumorosas, en el entrecruzado matorral y los árboles que formaban túneles de ramaje.

Así llegaban a las «Pesqueras». Les habían dado permiso para pasear en ellas. Aquello estaba más cuidado; había calles de jardín enarenadas, plazuelas con bancos rústicos, cuadros de flores donde lucían rosales, alielés, pensamientos y maravillas rojas, clavelillos chinos, que con sus hojitas simétricas como de papel pintado, en una deliciosa variedad, que no les hacía semejantes unos a otros.

Todas las plantas estaban lozanas, regalonas, por exceso de agua. Allí, al final, había algunas habitaciones para uso de los guardas y necesidades del servicio y venía a rematar en una huerta cultivada que iba a parar al río, por cuya margen se llegaba a Nuévalos, el pueblecillo de 200 vecinos, primer eslabón del Monasterio con la vida ciudadana.

A la entrada de la Piscifactoría estaban las balsas donde se criaban las truchas pequeñuelas, antes de echarlas a los estanques que cubrían una gran extensión del valle. Era preciso tapparlas de noche con una cubierta de alambre para librarlas de la codicia de pájaros, como el mastín pescador, que acudía a comérselas.

Estaban allí en cajas de madera, colocadas en fila, como hilos de un collar de perlas los huevos ya fecundos, en los que se transparentaba el pececillo próximo a romper el frágil cascarón.

Era asombroso el cuidado que la cría de aquellos animales requería. Todos los días cogían con la barca, en el «Lago del Espejo», una especie de pulgas de agua dulce, semejantes a esas que saltan en la arena de la playa, a las que llamaban camarones. Ese era el alimento de las pequeñas truchas, que acudían como los pollos alrededor de la mano del que los alimentaba, sin ningún temor.

Luego las iban echando en diversos estanques, según los años que tenían y las diversas especies. Allí crecían y se reproducían. Había un lugar más alto donde ellas acudían cuando su vientre lleno de huevos les pesaba demasiado, para que los libertaran de ellos.

Se cogían allí con la mano para el «desobe», que consistía en pasarles los dedos a lo largo del buche y hacer salir los huevecillos, que se guardaban en frascos.

Una minuciosa contabilidad permitía saber los huevos obtenidos cada año y el número de truchas de cada uno de aquellos estanques, en los que se leían los nombres de la clase de ellas que contenían.

Desde allí se llevaba simiente para poblar los ríos de la península de los preciosos peces. De vez en cuando era precisa la limpieza de los estanques para librar a las truchas de las anguilas que los perseguían. Al margen de aquellos estanques había sauces, con la punta de sus ramas largas, caídas, martirizadas en la infinita sed, con que se inclinan hacia el agua queriendo sumergirse en ella atraídas poderosamente, ansiosas de gozar la frescura de la linfa. ¡Pobres ramas, que son como los largos tentáculos de un gran pulpo, miembros de animal vivo, labios sedientos, cuyo gesto goloso y su rictus de dolor dan la idea del llanto! ¿Qué Dios desaparecido del Olimpo gemirá en el «sauce llorón», como la ninfa Eco convertida en laurel, soportando a través de los siglos este suplicio de Tántalo.

La parte más bella de la Piscifactoría era la formada por el «Lago del Espejo», en medio del cual, alta, de cima redondeada, cortada a pico su roca de vetas rosas rojas y amarillas, se alzaba la enorme «Peña del Diablo». El elemento de la tradición se vinculaba allí.

Era delicioso aquel nacimiento de agua que venía filtrada a través de la montaña, para aumentar el caudal de agua de aquel paraje y formaba el lago, tan claro, tan transparente, que se llamaba con aquel nombre.

Se retrataba todo maravillosamente; la cacería «Peña del Diablo» con su pared policroma, agrietada, y aquel árbol nacido en su cima, que parecía colgado y la coronaba de un modo extraño. Un árbol preparado para perder de sus ramas la cuerda de un nuevo Judas. Se retrataba también la lejana «torre del Homenaje», que había a la entrada del Monasterio; la pequeña ermita de la «Virgen Blanca», convertida en cobertizo de ganado; y las laderas escarpadas de la montaña que parecía inaccesible, a pesar de verse en su centro la «Cueva del Desierto», como prueba de que había podido servir de abrigo y de refugio.

Se veía todo en el agua con la misma limpidez, con la misma precisión, con los mismos detalles, pero más embellecido todo, de líneas más suaves al través de la

piel del agua. A veces cuando un ligero cefirillo rizaba la linfa era como si el monte se estremeciera, ondulara y se fuese a derrumbar. Daba la impresión de un lago muy hondo. Bordeándolo se veían los remansos que llamaban «pozos», entre los cuales, uno, el «pozo de Bengala», merecía ese nombre por los mágicos colores que reflejaba el agua.

Allí, donde nadie la veía, Ketty triscaba como una cabra para coger las negras moras de las zarzas, en las que se desgarraba los vestidos y se arañaba los brazos. Ricardo venía en su ayuda temeroso de que se cayese y ella le ofrecía el negro y dulce fruto entre sus labios no menos jugosos y dulces.

A veces tiros de escopeta, que repercutían como terribles explosiones de dinamita, resonaban propagándose por las gargantas del barranco, despertando los ecos dormidos, reproduciéndose a media que se alejaban con un ruido atronador que les hacía exclamar:

—Sería terrible el efecto de una tempestad en estos lugares.

A veces el sol se oscurecía por la bandada de palomas asustadas que huyendo de aquellos cazadores batía las alas sobre sus cabezas y pasaban ligeras con su elegancia de flechas y el rumor de seda de sus alas.

#### IV

Siempre recordaban allí las tradiciones que les habían contado. El recuerdo más vivo que quedaba de los frailes era el de Fray Ponce, al que iba unida la leyenda de «Peña del Diablo» y del «Hada del lago del Espejo.»

Ambas leyendas ejercían su sujeción en el espíritu de los recién casados, tan bien dispuestos para compadecer las desdichadas historias de amor.

Fray Ponce había sido un trovero pobre, enamorado de la hija de un señor feudal que se negó a dársela. Por su amor guerreo el poeta y se hizo caballero, pero el padre, inflexible como el rey Lais de las canciones de Nan-y, no accedió a sus ruegos y entregó la infortunada joven a otro señor con el que por razón de sus alianzas había concertado el matrimonio.

Aquel día desapareció el enamorado, del que no se volvió a saber más, y apareció en el convento de Bernardos del Monasterio de Piedra un nuevo fraile tan piadoso que edificaba a toda la comunidad con sus martirios y sus virtudes.

Tan virtuoso fué que despertó la envidia del Diablo, el cual empleó con él en balde todas sus dotes de tentador. Era la coraza de un amor único la que defendía el corazón del fraile.

No era tampoco dichosa la pobre enamorada. Ella confesó a su marido su amor por el joven trovador guerrero y su decisión de dejarse matar antes de consumir su matrimonio.

Y el marido, como aquel de la canción bretona— semejanza de las tradiciones primitivas en todos los pueblos— la encerró en una torre donde de vez en cuando iba a preguntarle si había olvidado su amor y deseaba la libertad.

—Le amo y le amaré mientras viva—respondía la infortunada.

Pero un día su astucia de mujer halló medio de burlar la vigilancia del carcelero y escaparse de la torre.

Corrió, corrió a través del campo, caminando de noche y ocultándose de día, alimentándose de los frutos que podía coger y así una noche de invierno, llegó como guiada por una mano fatal, transida de frío, con los pies y las ropas desgarradas, a la puerta del Monasterio de Piedra.

Fué precisamente Fray Ponce quien se encontró con aquella mujer que imploraba auxilio. Vió la belleza de su rostro y reconoció con terror a su amada. La capucha escapó de su cabeza, y en su semblante macerado ella conoció también al hombre por quien se había sacrificado.

—¡Soy yo! ¡Te amo! ¡Sálvame! ¡Huyamos!—suplicó su voz acariciante, tendiéndole los brazos.

El fraile tuvo fuerzas para decir:

—Yo no soy el que tú crees. Ese infeliz murió. Yo no soy más que Fray Ponce; huye, mujer, y sigue tu camino sin turbar la paz de un siervo de Dios.

A la mañana siguiente los frailes encontraron a la enamorada en la puerta del

convento, envuelta en el sudario de la nieve y a Fray Ponce que había expirado en su celda a los pies del crucifijo.

Varios Padres certificaron que habían escuchado un ruido enorme al tocar las ánimas la noche anterior. Averiguado su origen se vino en conocimiento de que el diablo, irritado al ver resistir al fraile la última y suprema tentación, quiso vengarse acabando con toda la comunidad.

Y se sabe que el diablo pensó primero en pegar fuego al convento, pero teniendo en cuenta la solidez de su fábrica temió que tal vez los frailes tendrían tiempo de escapar y prefirió arrancar media montaña y dejarla caer sobre el Monasterio.

Volando venía con ella desde los Pirineos cuando la campana del convento dobló piadosa en su oración por los difuntos, y el espíritu del mal, espantado, soltó la piedra, que vino a caer en medio del Lago del Espejo.

Contemplaban con miedo los creyentes la gran peña, que por su origen debía guardar algo de siniestro y maléfico.

Además, en el fondo de aquel lago vivía un Hada, que no pereció en la catástrofe porque seguía allí para tentación de Padres y Novicios.

Aun estaba allí y la habían visto y oído gentes del contorno. Los trabajadores de la Piscifactoría que se quedaban de guardia no estaban seguros ni tranquilos con aquella vecindad. En una ocasión se le había aparecido a un mancebo, que cegado por su hermosura iba a seguirla al fondo del abismo, enlazado a su mano, cuando se le apareció la Virgen y lo tomó de la otra mano ordenándole impetuosa:

—¡Mancebo, de rodillas y a mis pies!

El maligno espíritu del agua fué a sumergirse bajo la transparencia del lago, y el mancebo, que había visto la suave hermosura de María, hizo vida religiosa.

Las recién casadas veían con cierto temor a los maridos asomarse a aquel lago peligroso. No era agradable la vecindad de una belleza sobrenatural y antojadiza.

Por eso al caer la tarde era preciso emprender la vuelta al Monasterio, apoyados el uno en el otro, lentamente, unos días huraños y molestos, otros llenos de amor y de felicidad.

Cuidaban de pasar el túnel antes que fuese completamente de noche, y se iban sentando a descansar en aquellos bancos del camino llenos ya del recuerdo de sus besos.

Era la hora en que salían todos los bichos, saítaban feos sapos amarillentos y manchados a las orillas de las acequias; los topos y las ratas de agua cruzaban el camino, en unión de las lagartijas, entre las zarzas se escuchaba a veces el rumor amenazante de algo que se arrastraba, haciendo temer la aparición de un lagarto o una serpiente. Cruzaban el aire tábanos y extraños insectos alados, pero Ketty les tenía menos miedo que a las moscas y mosquitos rabiosos que durante el día le clavaban el quizque por cima de la tela de la blusa y por cima de las medias. La tenían acribillada, como si hubiese padecido unas viruelas locas. Se hinchaban aquellos quizcazos que picaban desesperadamente, aunque Ricardo, para consolarla los iba besando uno a uno.

Tomaba un aspecto grandiosamente amenazador el bosque en la penumbra, se sentaban frente a la «Cascada Iris», viendo correr el agua que iba a precipitarse por la «Cola del Caballo» a sus pies. A aquella hora las cascadas parecían de leche, los chorros de agua eran completamente blancos y el rumor se había hecho más fuerte, más cantarín, más alegre.

No penetraba la débil luz de la luna la espesura, sino con un resplandor rojo las ramas y los troncos fingían visiones extrañas; de vez en cuando un murciélago, esos ratones con alas habitantes de los grandes monumentos arruinados, pasaba en su vuelo ciego, haciéndoles sentir junto al rostro la viscosidad de sus alas gelatinosas. Quizás era algún vampiro aquel mamífero fatídico, enlutado, semejante a un condenado con sambenito. Se comprendía que los crucificasen y los martirizasen clavándoles la tela gomosa de las alas en la pared, como represalias de algo muy malo que había en aquellos cuerpecillos y aquellas cabezas de roedores dientes negros, amenazantes y de expresión maligna.

De vez en cuando, sobre la hierba tierna de los ribazos la linternilla mágica de una luciérnaga brillaba eléctrica como un diamante azul.

Pero toda aquella belleza que llegaba a lo sublime, la placidez suprema de las noches, la grandeza dominadora de la naturaleza, agudizada por los edificios del Medioevo, el prestigio de las ruinas y la sugestión de las tradiciones, enconaban más y más su sentimiento y hacía más intensa la tragedia de la luna de miel.

Debía ser muy entrado el día cuando Ricardo fué aquella mañana a abrir la ventana de su celda. Hacía mucho rato que había callado el canto de los pájaros que no les dejaba dormir desde el amanecer; la aridez de los contornos traía al Vergel todos los pájaros de la comarca. Debía haber en los árboles tanto pájaros como hojas, de no creer que cantaban las hojas de los árboles, según el ruido que producían, tantas sonatas armoniosas, desacordadas, trinos, arpeggios, gorgoros, píadas que llenaban con sus notas agudas y claras la blandura del amanecer. Es que en aquella hora no cantaban solo los pájaros, debían cantar todos los demás seres del bosque, de seguro que cantaba el agua, porque su rumor de cascabeles y campanillitas de metal subía hasta el Monasterio, donde no llegaba luego. El silencio era después de salir el sol cuando las gentes se levantaban y la naturaleza iba poco a poco sumiéndose en el sopor de la cálida siesta del medio día. Los despertaba la llegada de los autos y de los coches que venían de Alhama y el correo de Ateca con el resonar de las bocinas de los primeros y el abrumador crepitar de sus motores parados; el alegre ruido de las colleras de campanillas, el resbalar de las ruedas, el patear de las mulas y aquel descualdrajamiento del maderamen de los viejos armatostes en les que retemblaban tablas, vidrios y herrajes.

Cada día era una diversión ver llegar a los viajeros polvorientos, con aspecto de cansados, dirigiendo miradas curiosas a todos lados, como si en una primera mirada lo quisieran abarcar todo. La mayoría almorzaba en la fonda y se volvían a ir por la tarde, rendidos y maltrechos de subir y bajar cuestas, con el alma repleta de la sensación confusa de tanta vegetación y de tanta agua, algo mareados y aturdidos, de su ruido a chinarrros.

Seguían a los guías como un rebaño, para escuchar sus explicaciones por los senderos del bosque, arrobándose en los puntos de vista que hábiamente les hacían descubrir en las cascadas, en las plazoletas o en los lagos. Iban mezcladas familias diversas, jovencitas que tenían que moderar su paso ligero y gruesas damas que se esforzaban por seguir la expedición, resolando y sudando de un modo lastimoso. Le gustaba mucho a Ketty ver aquel conjunto de señoras con sus velos de viaje, sus guardapolvos llenos de arrugas, sus vestidos chafados, los sombreros mal puestos los rostros donde los polvos o las pinturas habían dejado al caerse tonalidades de diverso color, que les hacían aparecer manchas amarillentas o rojizas, y todos aquellos hombres con las gorras y abrigos de viaje, no menos sudorosos y sofocados. Saltó del lecho, y envuelta en su peinador rojo, se asomó a la ventana para ver el divertido desfile de viajeros, distintos cada día y que eran, sin embargo, cada día los mismos.

Ricardo, que ya había comenzado a afeitarse, se acercó en mangas de camisa a mirar por cima del hombro de su mujer.

Dos de los recién llegados alzaron la vista hacia las ventanas, quizás con el secreto deseo de vislumbrar la capucha de un fraile, y se quedaron mirando, con mirada codiciosa, el fresco rostro sonrosado de Ketty, bajo su espléndida cabellera castaña y los exhuberantes hombros, de carne ardiente, apenas velados por la gasa roja del peinador. Era una mirada de admiración tan golosa, que a Ketty le temblaron los labios húmedos y le brillaron más los ojos, con la fiebre que su luna de miel había puesto en ellos. Pero Ricardo había recogido también aquella mirada y ciego de ira separó violentamente a su esposa de la ventana, asomando su cabeza desgredada, su rostro a medio enjabonar, en una actitud grotesca de desafío. Los otros separaron la mirada, fingiendo indiferencia, con ese respeto que los hombres guardan a la mujer que tiene cerca un hombre, cuando sería más noble respetarla cuando está sola y desvalida.

La conciencia del ridículo que había hecho ante los desconocidos irritó más

a Ricardo. Vió a su esposa entre confusa, contenta y avergonzada a un tiempo, y la divina desnudez de su cuerpo, sus pies de niña, chiquitines, regordetes y blancos, sus brazos mórvidos, su seno firme y alto le causaron un movimiento de rencor, de asco, como la carne de una ramera. Aquella mirada de su mujer a los dos desconocidos tomaba para él proporciones de la primera infidelidad. La novia pura se había transformado en mujer experta en pocos días; quizás demasiado experta para creer en una inocencia tan cercana. No comprendía que él había sido un iniciador imprudente, un revelador demasiado crudo, y la culpaba a ella por su prestantia, por su juventud, por su apasionamiento de mujer fuerte y sana. Una mirada de ella, de sus ojos de fiebre y de languidez en aquellos momentos era culpable, tenía todo el alcance de quien sabe los deseos que siente y los que se complace en inspirar. Ciego, loco, perdido el resto de corrección que hasta entonces había sabido guardar, la apostrofó con violencia.

— ¡Eres una miserable! ¡Cómo te debes haber reído de mi credulidad! ¡Cuántos imbéciles se habrán divertido contigo y te habrán despreciado!

Ella callaba. Era tan impensad a aquella escena. Estaba tan enervada por la noche de amor, tan llena aun de languidez y de sueño. Su silencio lo irritó más.

— Pero no, no jugarás conmigo, no te divertirás de mí. Hoy mismo nos marchamos y te dejaré en tu casita... Me haré cuenta de que no te he conocido... ¡Una mujer más!

Ketty sintió el azote de la última frase, pero su marido estaba tan ridículo, con la camisa saliendo del pantalón, con la cara cubierta con la espuma del jabón, como la barba de un viejo, que le faltaba entusiasmo para enfadarse con él. Era sincero el grito que se le escapó entonces del fondo del alma.

— ¡Que más quisiera yo!

Sí, hubiera querido eso, verse libre otra vez, otra vez poseedora de su tesoro de encantos sin profanar, de sus ensueños, de su ignorancia virginal. ¡Si ella hubiese visto así a Ricardo antes del matrimonio! ¡Tan sin delicadeza para mostrarse ante ella tan grotesco, tan brusco, tan desprovisto de galantería!

Rompió a llorar convulsivamente, llamando con una tenue voz de niña.

— ¡Mamá, mamá mía!

El se exasperó más.

— ¿Tu madre? ¡Poco contenta que se habrá quedado de echarte fuera, de encontrar un tonto que cargue contigo! ¡Si las cosas se hiciesen dos veces!

El orgullo de mujer se despertó en ella.

— Te prohibo que me hables así—exclamó, llameándole la mirada—. Soy tu esposa y me debes respeto. Por grosero que seas conmigo no puedes compararme a las mujerzuelas que has tratado hasta ahora.

Estaba tan hermosa en aquel primer momento de rebeldía, que él sintió con el deseo de ella mayor estallido de cólera. ¿Por qué había de insultar así a todas las mujeres que él había amado? ¿Por qué había de calificarlas de mujerzuelas por el hecho de ser la esposa? Instintivamente venían a él reminiscencias de mujeres amadas, de días de placer, de devoción y de pasión de almas sencillas y buenas.

— Todas eran mejores que tú, hipócrita—le gritó—, mejores que tú, de la que todos se han reído, que has sido el juguete de todos los imbéciles, hasta que habéis sabido abusar de mi buena fe.

La nueva ofensa llegaba a las entrañas palpitantes de Ketty. Aquel plural «habéis sabido» iba a herir el culto a sus padres, a cuyo lado había sido tan feliz y tan mimada. Sólo tuvo una palabra para contestarle y se la repitió varias veces.

— ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Mientras se lo decía, el pensamiento se adelantaba a la expresión espoleado por su orgullo. ¿Acaso creía su marido de buena fe que ella no había sido amada por hombres de valer que hubiesen sido sus esclavos? ¿No le agradecía su elección entre todos? ¿El regalo, el don magníífico de darse a él? Y en su imaginación con formas imprecisas, surgían los rasgos de aquellos hombres de miradas apasionadas, de sonrisas respetuosas de palabras alagadoras. De aquellos hombres cuyos rostros no había visto descompuestos, cuya intimidad no había penetrado para que se desvaneciera la poesía de sus amores. ¡Qué dulzura podía haber hallado en ellos!

—Todos, todos valían más que tú.

—Vete con ellos—apostrofó él.

—Me iré—contestó ella en un paroxismo de ira apasionada,—me iré. Me echaré en brazos de todos, tendré amantes, te olvidaré y te escarneceré en noches de pasión..

Se abrió el peinador, se desgarraba los encajes de la camisa, se clavaba los dedos en la carne, como si en el paroxismo del odio y de la venganza quisiera mostrar e a su marido todo el tesoro de belleza y de pasión que poseía.

Ricardo vió aquel tesoro, los celos le acabaron de enloquecer; se precipitó sobre ella, la derribó contra el lecho y con manos trémulas, manos de enamorado, febriles, buscó el cuello para ceñirle un collar de muerte, al mismo tiempo que con boca ardorosa buscaba la carne de su seno para morder.

Ella le miraba espantada, con los ojos muy abiertos, muda de terror, sin poder gritar ni moverse. El crime, espasmo supremo de la pasión, se cernía sobre su luna de miel. Un golpecito discreto sonó en la puerta. El la soltó, la dejó caer en tierra, hizo un esfuerzo para hallar voz y preguntó:

—¿Quién es?

—Una carta.

Entreabrió la puerta y cogió el papel que la camarera le acercaba discreta. ¡Una carta de su madre! ¡En aquellos momentos! Se acercó a la ventana y la leyó... «Mis queridos hijos...» Su madre llamaba hija a Ketty, era algo unido a él; aquel tono confiado, tranquilo, lleno de ternura, de la carta en que le creía dichoso, lo calmó.

Acabó de lavarse, se vistió apresuradamente; ella seguía sollozando en el suelo. Recordó. Le había dicho que sería de otro... No le había negado que tu viese otro amor. Su cólera volvía a hervirle en las venas. Se asustó de la posibilidad del crimen que podía cometer y se dirigió a la puerta.

El golpe que dió al salir pareció despertar a la esposa. Le pareció que se iba para no volver, que no lo vería más, y su pasión grande y potente tuvo un grito de angustia.

—¡Ricardo! ¡Ricardo, ven!

Se precipitó hacia la entrada. No podía correr así, medio desnuda como estaba, detrás de él. ¿Se iría para no volver? ¡Qué vergüenza si la abandonara! Delante de su familia y de sus amigas... como se reírían sus amigas... y aquellas que tenían pretensiones sobre él... De pronto se le ocurrió otra idea. ¿Si se suicidará Ricardo? Sintió miedo y sin embargo cierto alivio.

Sintió sus pasos que volvían. Se tranquilizó respecto a sus temores de suicidio y de abandono, pero experimentó una angustia indefinible. ¡No volver a gozar de su libertad de soltera, de la ternura de todos! Tener que estar «siempre, siempre» al lado de aquel hombre al que ya no volvería jamás a querer con su dulce inocencia y su confianza absoluta. ¡Era mejor morir! Corrió a la ventana, decidida, abrió los postigos, se subió en la silla... Ricardo solo tuvo los momentos precisos para detenerla con el cuerpo ya vencido hacia fuera, cuando la divisó destacando su hermosa figura del cuadro de sol que entraba por la ventana y tuvo la certeza de que no se trataba de una amenaza vaga. Ketty había querido morir. Había muerto en un paroxismo del que volvía a hora a sus brazos.

Sentía borrada su cólera y su pasión renacía con el espionazo de los celos y de la muerte. Tenía que arrebatarse aquel cuerpo divino a los rivales que le amenazaban y a la muerte que lo reclamaba también. Le buscaba los labios, sediento:

—Ketty, Ketty mía... te amo, te adoro.

Ella se debatía. Quedaba bastante virginidad aun en ella para sentir la repulsión de besar la boca que la había insultado.

—No, no...

—Mi alma, mi Ketty, adorada esposa de mi alma—repetía próximo a llorar.

Ketty con inuaba negándose.

—No, no.

Pero las caricias la ganaban sus músculos en tensión para rechazarlo, adquirían flexibilidad, la iba dominando un cansancio lleno de languideces. Al fin dejó caer la cabeza en el hombro de su marido y cerró los ojos.

Todas las gentes del lugar se habían dado cita en la plaza. Era la fiesta solemne del santo patrono del hijo primogénito de los señores que pasaban el verano en la gran casa de la plaza. Día de San Luis, rey de Francia. Una fiesta feudal, patriarcal, de las que les quedaba memoria a los aldeanos de un año para otro. Desde por la mañana comenzaban los festejos con el reparto de juguetes y regalos que la señora hacía a los dependientes de su dominio. Había blusas y delantales para las mozueltas, peponas y cuerdas con los extremos de madera de colores destinadas a saltar a la comba para las niñas, escopetitas, trompos, aros y pelotas para los muchachos, y no faltaba algún carrito, algún automóvil o caballito para los pequeñuelos, o alguna trompeta de metal que había de ser la desesperación del vecindario. Medio almacén de «El Siglo», de Barcelona, que los amos se habían llevado en el baul.

Por la tarde se les repartía la merienda: bocadillos de jamón, chocolate y el clásico turrón de cañamones tostados que se fabrica en el país.

Los chicos hacían día de fiesta. A la tarde se les veía ya cansados de jugar, abitos de comer, con las manos sucias, manchados los vestidos nuevos, llena la cara de churretes de azúcar, llevando todos consigo sus juguetes, pero sin olvidar por eso el canuto de caña para arrojarse unos a otros los huesos de las «chilindrinas» como llamaban allí a las majuelas maduras, que cogían en el Vergel, para librar verdaderas batallas. Muchos por cogerlas se habían desgarrado las ropas, otros se habían manchado los trajecitos con zarzamoras y casi todos andaban huyendo de presentarse ante sus madres, que aquel día no se curaban mucho de ellos, entretenidas con la fiesta y el baile de la plaza. En aquella gran plaza de los olmos altos y la gran acequia de agua, que tenía algo de plaza de armas de alcázar o fortaleza, se celebraban todos los festejos; allí se encendían las hogueras la noche de San Antón, y celebraban un festín con las patatas asadas en las brasas, dándole a esa reminiscencia del culto a Zoroastro que le ofrecen al santo patrono del ganado de cerda, al cual ellos no se atreven a designar más que con los nombres de «Tocinos» o «Los de la vista baja», soliendo añadir, además, «con perdón de ustedes» cada vez que lo nombran; un carácter más práctico que el de mero riesgo que tiene en Andalucía.

Frente a la casa de los dueños se habían puesto sillones para ellos y los huéspedes, y más al lado, como en los ceremonia de corte las personas distinguidas, que eran casi todas las del lugar, porque de los cinco vecinos cuatro eran administradores: Administrador de Correos, administrador de las tierras, administrador de la Piscifactoría, administrador de la fonda. Y estaban allí todos los administradores, con las administradoras, y toda la familia vestida de fiesta. Estaban allí también los criados de los administradores y de la fonda, la servidumbre de los dueños, los labriegos, los guardas, los guías y los obreros de la Piscifactoría. Esos eran los actores de la fiesta.

Entre los espectadores estaban los viajeros que acudían por curiosidad al Monasterio y los matrimonios en luna de miel. Ricardo y Ketty no se habían podido negar a ir también, dejar de asistir era una desatención y una ofensa grave inferida a todos.

Tres aragoneses, que se habían vestido de gala con ponerse camisas limpias y fajas nuevas, tocaban la guitarra sentados en un banco, cantando la jota, con voces vulgares, monótonas y cansadas. Era la jota del campo, la verdadera jota de Aragón, sin teatralidad, tal como se toca, se canta y se baila entre el pueblo. Danzaban a un tiempo varias parejas. Una criada de la fonda con su traje negro y su delantal y su cofia blancos, la nodriza del nieto de los señores, que había depositado al bebé, como un fardo de gasa y lazos rosa, en brazos de la mujer del sargento de la Guardia civil,

Bailaban también parejas de aldeanos, bautizados todos con nombres pintorescos, en un ángulo la «Cacharra» con el «Porrón», la «Potarrana» con el «Manzas», dando saltos, bríncos, cabriolas, con esa monotonía de igualdad que hay en la jota, y con esa pasión desenfrenada que la música pone en ella. Tenía aquel baile así, al aire libre, algo de primer acto de zarzuela, en la decoración de la gran plaza, frente a la entrada del Monasterio y de la Iglesia derrumbada;

y sin embargo dominaba una nota grótesca, de Kermesse de Tennieres. con aquellas flexiones de piernas, que se doblaban por las rodillas y aquel desmañado bracear que daba a los brazos un aspecto de muñones de alas de pato, o de remos agitados en el aire. La Patarrana, con los pies grandes, dentro de unas botas recias y charoladas, con las piernas fuertes, las caderas amplias, sin haberse cuidado de vestirse, con la falda de todos los días y el gran mandilón de cuadros, saltaba y brincaba con la alegría desenrenada de mujer de cuarenta años que baila y goza, agitando como una endemoniada. Bailaba todo su cuerpo, como si cada parte bailase separada; le danzaban las mejillas, le danzaban las molas de carne de las caderas, le danzaban los ojos y los labios y sobre todo los senos, sueltos, que le danzaban como potrillos que retozan.

—¡Bien, Patarrana!—jaleó un albañil.

Uno de los administradores frunció el ceño. Aquellos albañiles que venían de fuera no sabían como era necesario tratar allí a la gente. A uno se le había ocurrido poner en el chamizo que les servía de dormitorio, en el callejón que daba entrada del Monasterio, una muestra en la que escribió con tinta negra, en enormes letras:

### GRAN HOTEL

y los señores habían tomado a mal aquella burla en sus dominios.

Ahora al otro se le ocurría meterse con la Patarrana, y si ésta lo tomaba a mal la fiesta podía tener pésimo desenlace.

Porque la Patarrana era mujer capaz de dar un escándalo, sin tener en cuenta que estaban presentes los señores, el cura, al maestro, los administradores, el sargento. . . Para ella era todo igual que si estuviese San Luis, Rey de Francia, cuya fiesta se celebraba. En enfadándose no respetaba nada; por eso le tenían allí, y en Idem, y en Nuevalos, y hasta en Alhama de Aragón, que eran como los confines del globo para la gente del Monasterio.

La Patarrana era la que se metía en todo, la que lo arreglaba todo, la que lo llevaba todo por su cuenta. Gacetilla del país, tomaba parte activa en todos los asuntos, aconsejaba cuándo había que llamar al médico, se ocupaba de organizar las fiestas, de cuidar de los entierros, de disponer en todas las casas como si fuese la propia.

Pero en aquel instante, entregada a su baile, no pensaba en ninguna otra cosa. Un chillido agudo que salía del fondo de las gasas y las cintas rosas que tenía en brazos la «sargenta» hizo que la nodriza se apartase del baile, y jadeando aún sacose el pecho, hinchado como un botijo de barro rojo y lo metió entre la bola de trapo y encaje que se movía tumultuosamente.

Pero el baile siguió; se propagaba el entusiasmo como un reguero de pólvora encendida, nuevas parejas se lanzaban al centro de la Plaza, los chiquillos, bailaban todos en torno como una rueda infernal. Un sobrino de los dueños se había acercado a los tocaores y lanzaba jotas sentimentales, con estilo ciudadano, que entusiasmaron a sus parientes.

Hasta uno de los turistas se lanzó al ruedo, con una criadita bailando con tan buena gana, que a los pocos minutos, apoplético y sudando, se cía la música de sus resoplidos, que dominaba la de las guitarras, sin que por eso cesara de bailar, con gran alegría del grupo de turistas que jaleaban palmooteando.

—¡Anda Mañica!

De pronto el chillido de una muchacha dominó sobre todo.

—¡Pilarica!... ¡Pilarica se ha caído a la acequia!

Corrieron todos hacia allí; la gran acequia era un río para la pequeñuela de pocos meses, que bailando también se había caído a la agua. La sacaron ya medio ahogada, y gracias a la prontitud de la Patarrana en acudir, y a la ayuda del Cacharro, gran conocedor de las virtudes de las hierbas y del arte de curar lo mismo animales que personas, no tardó en reanimarse.

Pero ya fué imposible volver a comenzar la fiesta, el «Manzazas», el simpático cochero, tan popular en la comarca, estaba ya en el pescante de un coche, mientras otro de sus hermanos se aprestaba a guiar el automóvil.

—Arriba señores viajeros, para Alhama de Aragón, que el tren no espera.

Los turistas se dispusieron a partir y los criados de la fonda corrieron presu-

rosos para no perder la propina. Los dueños habían ya entrado en la casa y cada uno de los asistentes se iba a sus ocupaciones. La gran Plaza tenía la melancolía de los salones donde se acaba de verificar una fiesta. Ketty y Ricardo se miraron como si se hubiesen quedado solos de nuevo; sin saber si alegrarse o sentirlo. El había estado distraído y contento mirando el baile. Ella lo había seguido con ojos celosos, cuando miraba a las mujeres a las que el baile hacía más provocativas y deseables. No podría decir si lo miraba con celos o con rencor. Si era amor irrequieto ante las otras mujeres o rabia de verlo disfrutar, cuando ella se sentía ya tan ajena. tan lejana a todo; tan inutilizada para tomar parte en las diversiones y en las fiestas.

Se había creído que estar casada era estar más libre y se veía más sujeta, más esclavizada. Lo que había creído dulce compañía del marido, si lo hubiese animado la ternura, era cadena pesada que los había de unir para siempre.

Su amor había sufrido un choque demasiado rudo entregada así a merced de aquel hombre. Estaba cansada de aquellas escenas violentas, que parecían despertar mayor pasión en él, para scariciarla después, como gozando en la resistencia de ella.

Y sin embargo, hasta en los momentos más íntimos, cuando la tenía ya doblegada, entregada de nuevo, la sujetaba entre sus brazos y le decía:

—Pídemelo perdón.

Entre risueña y dolorida, Ketty no tenía fuerzas ni ganas de resistir, y murmuraba la frase pedida:

—Perdón.

Que Ricardo apagaba entre besos, y en cada una de cuyas sílabas parecía escarpársele a ella una goya de sangre de su corazón, como si su amor se desangrase. Tenía vergüenza de abrazarlo, de ser suya, después de una de aquellas escenas, demasiado repetidas.

Por primera vez en aquel baile había tenido como un vago deseo de las caricias de los otros hombres, alegres, placenteros... ¿Pero no era también alegre y encantador Ricardo para las otras gentes?

—¡Ay, si no fuera mi marido qué feliz podría ser yo con él!—suspiró, mientras seguía con los ojos los automóviles que se alejaban por la larga carretera, cuyo extremo parecía estrecharse, y se destacaba blanca como una cinta, sobre el fondo rosáceo del terreno, pelado de árboles, que se ondulaba ligeramente hasta el horizonte limitado por el Moncayo.

## VII

Otra vez reía la felicidad en sus almas. Se daban cuenta de que sus disgustos habían sido un exceso de pasión. Aquella noche se lo habían confesado, se habían pedido mutuamente perdón; y cuando la llegada de los coches los despertó, aun tenía ella la cabeza en el brazo de su marido, que le servía de almohada, cobijándola contra su pecho como a un niño pequeño. ¡Qué bueno había sido aquel amor! ¡Qué libre de sombras estaría su alma si siempre hubiese encontrado aquella ternura sedante y dulce cerca de su marido! Se quedó en la cama arrébudada con las sábanas mientras él se vestía, sin atreverse a hablar por no romper el encanto. El cantaba, yendo de un lado para otro. Le parecía también más satisfecho. El ruido de una campana como esas que anuncian el viático, corriendo a lo largo de la galería, los sobresaltó.

—¿Qué será eso?—preguntó él.

—Es domingo y llamarán a misa—repuso ella recordando.

El no contestó, satisfecho de la explicación.

—¿Si quisieras que fuésemos?—dijo Ketty.

—¡Qué tontería!—repuso él.—Cuando hace tan hermosa mañana para dar un buen paseo.

—¿Pero es que no vamos a ir a misa nunca?—preguntó ella entre sorprendida y airada.

Era el segundo domingo que pasaban juntos y el primero había pasado sin notarlo.

—Yo por mí no pienso,—respondió Ricardo—y tú me darías gusto no yendo.

—¿Me lo vas a prohibir?—le preguntó agresiva, sintiendo despertarse en ella todas las preocupaciones, como una ardiente fe religiosa.

—No, aunque bien pudiera.

—Si te creerás que eres el amo de todo.

—Sé a lo que vais a misa.

—No digas majaderías. Yo soy creyente como mi madre, que es una santa, tengo mi conciencia, y no creo que me violentes también en eso.

—Ese «también» parece decir que te violento en todo.

—No quise decir eso.

—Si te fijas un poco recordarás que tu fe religiosa no te impedía citarme en la iglesia, en los primeros tiempos de nuestro amor.

—Entonces era yo soltera, libre, y no había pecado.

Mientras hablaba se había tirado de la cama, se había puesto las medias y los zapatos; se había abrochado el corsé y ofrecía su cuerpo a su marido, rogándole:

—Abróchame las ligas y apriétame.

—¿Pero porqué tanta prisa?

—Quiero ir a misa...

—¿Sola?

—No... contigo...

—No te obstines...

—Quiero... quiero...—le repetía, echándole los brazos desnudos al cuello... Sé bueno, Ricardito, y yo te querré mucho.

—Es que...

—¿Vas a dejar sola a tu chachita? Anda, rico, no me des disgusto.

La dulzura de su voz parecía aumentar el encanto de su cuerpo estatuario, que en aquel atavío tenía algo del desnudo de una mujer de circo. Besaba a su marido en los labios, en los ojos, dejando caer sobre él una granizada de besos. Se daba cuenta de que había en ella una fuerza nueva para vencerlo.

—¿Quieres, quieres?—le preguntaba entre caricias.

—Sí,—murmuró él, vencido.

Entonces ella saltó como una niña palmoteando de contento, se cubrió con una enagua y se acercó al lavabo, con el busto desnudo, para ablucionarse con el agua fría, blanca, de Colonia, que saltaba alrededor de su cuello y de sus hombros. El sol, caía sobre ella, y hacía brillar las gotas que le sapicaban los cabellos como perlas de rocío. En la galería sonaba el segundo llamamiento del acolitillo convertido en campanil ambulante.

Ricardo sintió un ansia loca de secar entre sus brazos el cuerpo de su mujer, y sin hacer caso de sus protestas la estrechó de un modo apasionado y brutal.

—Llegamos tarde—dijo ella con desaliento cuando media hora más tarde llegaban cogiditos del brazo a la habitación convertida en iglesia en el piso bajo de la casa del Administrador de los dueños.

Salía ya la gente, los señores poniéndose el sombrero y limpiándose con el pañuelo la rodilla izquierda, única que hincaban en tierra ante la divinidad, y las mujeres descubriéndose la cabeza, que se habían tapado, unas con pañuelos y otras con sus propias faldas, y restregándose en el pecho los dedos, mojados de un agua bendita, tan oscura de meter en ella las manos sucias, que les manchaba la frente y la barbilla.

La familia de los dueños salía detrás, con aire procesional, después de haber oído la misa en un lugar reservado, al lado del altar, en los sillones y los reclinatorios, que les conservaban su ilusión de señorío, de dominio, de algo de feudalismo.

Ricardo, a pesar de que la luna de miel parecía tenerlo idiotizado para no pensar más que en su amor, como si nada más de interesante sucediese en el mundo, no pudo dejar de sonreír pensando en la amenaza que se cierne sobre el derecho de propiedad, y en el terror que toda esa gente debe experimentar al oír que se habla de bolcheviquismo.

—Con seguridad—se dijo—que ahora han cambiado la clásica oración en la que pedían «la paz y concordia entre todos los príncipes cristianos», para rogar la «paz y concordia entre todos los patronos y obreros del universo.»

Todos los miraban al pasar, como si su intención de asistir a los oficios les conquistase la simpatía que se enagenaron al no haber acudido. Ricardo respondía a los saludos, con aquella especie de contrariedad que sentía, desde que se había casado, cada vez que se presentaba en público con su mujer. Le parecía que no era bastante bonita y elegante cada vez que la contemplaba una mujer, y la hallaba demasiado hermosa y provocativa cuando sorprendía los chispazos de las miradas de los hombres al pasar junto a ella. Se sentía en ridículo, de un modo vago, con un ridículo de marido que él había notado en los otros.

Por su parte, Ketty experimentaba igual sensación de desagrado. Su marido se fijaba demasiado en todas las mujeres que pasaban y ellas se sonreían, con esa sonrisa de triunfo de la mujer que humilla a una rival. En cambio ella tenía miedo de mirar a nadie, segura de que el más ligero olvido provocaría al regreso una escena desagradable.

Se sentía también en ridículo al lado de su marido, con ese ridículo de esposa que ella había notado en las otras; cuando adivinaba cómo los hombres que iban con ellas las hubiesen abandonado, para correr en pos suyo, si les hubiera sido posible.

Su marido, como ellos, no caminaba ya a su lado, siempre solícito; solía adelantarse, obligándola a seguirlo, y hasta a veces dejaba caer el brazo del que ella iba cogida, y quedaba en una actitud desairada.

Uno y otro trataban de rehacerse, de contemporizar. El desencanto llegaba a ellos con la luz de miel. Sin duda, cuando pasara ésta se encontrarían mejor. Se acostumbrarían a su estado de esposos.

Andando lentamente, perezosamente, entraron en la vieja iglesia, ya sin culto, que había enfrente de la capilla. La fachada no era más que un paredón, sin techumbre, se mantenía como esas fachadas de las casas de cartón, vacías dentro; con su puerta de arco abocinada a cuyos lados, mutiladas y rotas, se veían las estatuas de dos guerreros, dos reyes o dos príncipes de la Edad Media, colocados en la iglesia como guardia de honor de los santos.

Caminaron con miedo entre las ruínas, entre los montones de cascote, de piedra, de trozos de pared que obstruían el paso. No quedaba apenas nada de pie; era todo tan irregular, tan revuelto que no daba idea de la planta. Entre los montones de yeso y escombros nacían higueras locas, esas higueras del diablo, chatas, achaparradas, sin tronco, con las ramas y las hojas tendidas a ras del suelo, que eran allí como una profanación.

Al lado derecho, quedaban vestigios de una nave, en un lienzo de pared se veían tres frescos que representaban la escena macabra de conjurar a unos demonios y se leían unas inscripciones latinas; pero todo lo demás estaba ya despojado de la pintura y lleno de esos letreros idiotas que se leen en todos los monumentos célebres, escritos unos con lápiz y grabados otros a cuchillo: «Juan y Manuela», y «Petra y Fernando». No faltaban pensamientos de ocasion: «Contempla las grandezas de la tierra», «Piensa que eres polvo y ceniza», o cosa por el estilo. En el ábside se veían los viejos pilares románicos, cubiertos por las columnas góticas, que habían ocultado la primitiva construcción. A un lado aun quedaba una capilla con santos de yeso, pintados, fingiendo paños bordados de estrellas, cortinas de brocados, frisos de flores. En los ángulos alguna historia de santo, que ellos no conocían, dejaba vestigios de seres perversos, martirizando a algún privilegiado. Del brazo de un verdugo que agarra un cuerpo, no queda más que la mano, que sale del cuerpo sin cabeza y blande las correas que van a caer sobre el santo, del que solo restan los pies y el busto.

Otra santa, sin cabeza ni cuerpo, presenta en los brazos un niño colocado sobre una bandeja; en una ornacina aparece una santa, que se asemeja a una reina vestida con pañeros. No tiene cabeza ni brazos, pero tiene un cuerpo bien formado, de marquesa de Versailles, con el cuerpo ajustado, cintura de avispa, encajada en las caderas como un macetero, y bajo la falda amplia y larga un pie coqueteo y tentador.

Pero lo más impresionante es que también se ha roto el pavimento, formado por una capa de tierra reguematada y por los lúgubres agujeros se descubre la fosa llena de huesos del antiguo cementerio. Huesos rotos, enmohecidos

dos, negros, con aspecto de huesos roídos por perros. A no ser por las calaveras, que conservan la mueca reidora y la mirada maliciosa que se supone en las cuencas vacías, no se creía que pudiesen ser huesos humanos.

Ketty se apretaba contra su marido con terror.

—Vámonos de aquí; qué terrible es esto.

Pero él, como si su naturaleza vigorosa reaccionara contra la muerte, la abrazaba con pasión, diciéndole:

—¿Horrible? No. Pero hay que aprovechar la vida.

## VIII

—¿Por qué lloras, Ketty?

—No sé, no sé...

—¿Estás cansada de estar aquí?

—No quiero irme.

—Eso es un absurdo; yo tengo ocupaciones que no puedo dejar más tiempo.

De ellas dependen nuestras vidas, que ya están unidas para siempre, mi alma.

Ketty, conmovida por la ternura de su marido, levantó la cabeza que tenía apoyada en el respaldo del sillón.

—Yo le tengo miedo a esas ocupaciones, que en la ciudad te tendrán lejos de mí...

—Lo menos posible.

—Saldrás de noche.

—Algunas veces.

Ella volvió a sollozar.

—Eres una niña—le dijo él atrayéndola.—Es preciso que reflexiones. Hemos falseado la vida y crees que podemos estar siempre como en estos días. No, Ketty; pero créeme, los días que vienen, de paz, de tranquilidad, de ternura, van a valer mucho más.

—Me dices todo eso para disculpar tu desamor.

—Te quiero más que antes.

—Pero me lo dices menos.

—¿Quieres que sea el eterno trovador, niña mía?

—Quiero que me quieras.

—Te quiero. Verás qué felices vamos a ser.

—Sí, me tendrás encerrada, martirizada, sin ir a ninguna parte...

—¡Que idea!... Tendrás toda tu libertad querida mía... Tengo confianza en ti...

—¡Ves como no me quieres, como no te importa! Es natural. Estoy tan fea, tan fea, tan pálida.

Redoblaban su llanto. El se alarmó, sin comprender aquel nuevo sentimiento femenino que le hacía a su mujer llorar la pura belleza de su virginidad.

—¿Te sientes mala?

—Sí...

—¿Que es lo que tienes?

—No sé... no sé...

El tuvo una idea.

—¡Acaso...!

Un vivo rubor se extendió en el rostro de ella. Los dos se miraron desconcertados. A poder leer en el fondo de sus almas, la idea los asustaba más que los compiacía.

Sentía ella el miedo de llevar otro ser dentro de su ser. Era la amenaza de la muerte. El hijo se le aparecía como el fin de su juventud y hasta de su amor.

Ricardo, la miraba con una mirada distinta. Su amor de amante se cambiaba. Se paternizaba de manera que comprendía en ese nuevo aspecto hasta a su propia mujer. No sería ya la amante, se convertía en la madre de sus hijos. ¡Sus hijos! Unos seres de los que tenía como una vaga noción, como si hubiesen vivido siempre en él, como si desde su misma niñez le hubiesen impuesto una obligación, como si siempre hubiese trabajado para sus hijos.

Esos seres iban al fin a ser una realidad, a imponerle un yugo espiritual, esa

ciega atención irracional que hace amar al hijo y ofrendarle toda nuestra felicidad. Su solo anuncio parecía que mataba, transformaba aquel amor vehemente, que sentía por la esposa y que había bebido ansioso en el corto término de su luna de miel.

—Es demasiado pronto, murmuró él.

—Es imposible saberlo aún—añadió ella, con cierta nueva coquetería. Una coquetería de mujer enferma y mimosa que se despertaba en ella. Se le aparecía el hijo como una gracia más.

Ricardo la estrechó entre sus brazos.

—Por sí o por no nos iremos mañana mismo.

Había sido demasiado larga aquella luna de miel.

## IX

Salieron a dar su último paseo; dominados por el romanticismo del paisaje. Al irse olvidaban las contrariedades y las amarguras que habían experimentado allí para pensar solo en sus momentos de dicha.

Querían despedirse de todo. Del Vergel, de los estanques donde nadaban las truchas como si permaneciesen inmóviles; volver a ver el Lago del Espejo, echarles pan a los peces pequeñuelos, ver una a una todas las cascadas. En todas aquellas cosas dejaban como un recuerdo, como un pedazo de su alma, que quizás no volverían a buscar. ¿No hubiera sido mejor guardar aquel aroma de su pasión, aquellos recuerdos santificantes, en su casita? Se quedaba allí abandonado así mucho de su amor.

Si no hubiesen salido de Madrid, si no se hubiesen visto solos, si desde un principio no hubiesen roto con sus costumbres, con sus hábitos, no llevarían ahora ese secreto malestar en sus corazones, ese desengaño que ellos mismos se habían forjado.

Habían descentrado su vida y ahora veían claramente que no habían sabido administrar el tesoro de su amor y de sus ilusiones. Le tenían miedo a la vida en común que estaban obligados a soportar, a la cadena que ellos mismos habían de remachar día tras día. Aunque por nada del mundo se lo confesaban. ¡Con qué gusto hubiesen borrado todo el pasado, para continuar cada uno su vida! ¡Para volver al seno de la familia que habían abandonado!

Ricardo se estremecía al recordar las imprudencias que había cometido. Tenía miedo de haber maculado demasiado profundamente a su mujer. No era aquella imprudente luna de miel el comienzo de una nueva vida, casta, honrada, de penetración el uno con el otro, de mutuo respeto, de colaboración y de ayuda.

Subieron al coche y «Manazas» arreó las mulas:

—¡Riá, coronela, capitana! ¡Mañana, ía, ía! Entre el ruido de cascabeles, y el clamor de chicuelos descalzós que corrían a un lado y a otro del coche pidiéndoles una «perrica», Ricardo miraba inquieto a su mujer, como si tratase de adivinar si había sabido sembrar el germen honesto de la esposa casta y enamorada, en el alma de aquella niña inocente, antes de su luna de miel.

*Carmen de Vargas*  
*Columbine*

**Dolor de cabeza** neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro**. 3 PEsETAS. Pídense en farmacias.

## MUEBLES

de lujo y económicos.  
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal

**CASA SOTOCA**

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39)  
Hay guardamuebles.

## FARMACIA

de la Viuda de G. LÓPEZ  
Plaza de Isabel II, 1.-Madrid

Evita el dolor de muelas.

## ALCOHOLATO

ELIXIR DENTIFRICO  
Perfuma el aliento  
Alcoholera. — Carmen, 10.

FOTOGRAFIA

## BIEDMA

CALLE DE ALCALA, 23  
Teléfono M-730.-Hay ascensor.

**Importante.** La calvicie es una enfermedad del cabello que se evita usando el agua **La Flor de Oro**, por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caspa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello, con su primitivo color.—Se vende en las perfumerías y droguerías

# PRENSA POPULAR

ha puesto también a la venta las célebres obras de

# LINARES RIVAS



**La Garra.-La fuerza del mal.-  
Fantasmas.-La raza.- Como  
buitres.-La espuma del cham-  
pagne.-Aire de fuera.-El abo-  
lengo.-Nido de águilas.-La es-  
tirpe de Júpiter.-María Victo-  
ria.-En cuarto creciente.-Co-  
mo hormigas.**

Precio de cada tomo: 3 pesetas.

PIDANSE A LIBREROS, A NUESTROS CORRESPONSALES  
Y A ESTA ADMINISTRACION, MADRID, CALVO ASENSIO, 3

Treinta años de éxito creciente



DESAPARECERA LA PALIDEZ  
que empobrece su rostro si  
usa para combatir la Debilidad  
general, Neurastenia, y todos  
los desarreglos nerviosos el  
famoso jarabe de

**HIPOFOSFITOS-SALUD**

# SUSCRIBASE USTED

A NUESTRAS POPULARISIMAS REVISTAS

	Madrid y Provincias.	Extranjero,
La Novela Corta . . . . .	7,50	10,00
La Novela Teatral . . . . .	9,50	12,00
La Novela Corta y la Novela Teatral . . . . .	15,00	20,00

(Suscripción combinada.)

La suscripción empieza con el primer número de cada mes,  
PAGO ANTICIPADO.—NO SE ACEPTA EN SELLOS

MADRID. — CALLE DE CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 498



**MAQUINAS PARA ES-  
CRIBIR DIRECCIONES**

2.500 direcciones por hora

sin posibilidad de equivocación.

Una sola máquina "ADREMA"

hace el trabajo de 20 empleados.

**Se amortiza a sí misma** en un plazo máxi-  
mo de dos años.  
Catálogos y presupuestos gratis. Véalas funcionar en la

**Papelera Americana, Espoz y Mina, 14, Madrid**